ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LOS PLEBEYOS

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

FÉLIX G. LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

MADRID

HIJOS DE E. HIDALGO
Mayor, 16, entresuelo

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

1897

LOS PLEBEYOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías de los Sres. HIJOS de E. HIDALGO y FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

618:7

LOS PLEBEYOS

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

FÉLIX G. LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 5 de Marzo de 1897

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—

1897

AL INSIGNE AUTOR DRAMÁTICO

D. José Echegaray

Cumplimos un deber gratísimo al dedicarle esta obra, modesto fruto de nuestro pobre ingenio. LOS PLEBEYOS encontraron eficacísimo y entusiasta apoyo en usted, aristócrata del talento. Ante esa aristocracia se complacen LOS PLEBEYOS en rendirse con gratitud y con admiración.

Félix G. Llana

T. Francos Rodríguez

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
INES (25 años).....	Sra. Ruiz (D.ª Concepción).
DOLORES (30).....	Alverá (D.ª Sofía).
DON IGNACIO (54).....	Sr. Jiménez (Donato).
ISIDORO (28).....	Díaz de Mendoza (D. Fernando).
EL CONDE DE CORBELLON (60).	Cirera (D. Alfredo).
GASPAR (50).....	Carsí (D. Felipe).
MANOLITO (25)	Allen Perkins.
ANDRES (30).....	Robles.
PEPE (25).....	López Alonso.
CRIADO 1.º.....	Montenegro.
IDEM 2.º.....	Nieto.

La escena en el pueblo de Salvatierra y sus cercanías
Epoca actual

Con verdadera satisfacción hacemos público el testimonio de nuestra gratitud á los intérpretes de la obra. A las señoras Ruiz y Alverá, á esta última con mayor motivo puesto que por deferencia grandísima aceptó un papel inferior á sus méritos y categoría; á los Sres. Cirera, Carsí, Allen-Perkins, Robles, López Alonso, Montenegro y Nieto, todos los cuales y cada uno en su esfera contribuyeron al triunfo logrado.

De Donato Jiménez y Díaz de Mendoza nada hemos de decir. El público con sus grandes aplausos traduce autorizadamente nuestro deseo limitado á hacer constar el reconocimiento que debemos á los dos eminentes artistas por su hermosa colaboración en nuestra obra.

ACTO PRIMERO

Saloncillo de la casa de Isidoro. En el fondo puerta de cristales que dejan ver un jardín y lejanías de montañas. Puertas laterales á derecha é izquierda. Muebles de campo sencillos, pero de gusto. Mecedoras, sillas, etc., etc. La acción comienza á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GASPAR, sentado en una mecedora, fumando tranquilamente. PEPE y ANDRÉS, entran por la derecha

PEPE (Dirigiéndose á Gaspar.) ¡Qué descansada vida... la del que huye... del ruido de la fábrica!

GAS. Cierto.

AND. ¿Y para esto has venido á Salvatierra? Abandonaste la vida de la corte, para no gozar ni de los encantos de la Naturaleza, ni de las maravillas de la industria.

GAS. ¡Maravillas y encantos! Desde esta mecedora estoy disfrutando cómodamente de muchos. He visto pasar á los trabajadores del campo que regresan de sus faenas, rendidos y fatigosos... ¿Qué encanto hay mejor para un holgazán? Contemplo ahora la puesta del sol, un sol de otoño que se hunde y apaga entre nubarrones rojizos y dorados... ¿Qué mayor maravilla?...

PEPE Pero no has hecho los honores debidos á nuestro vecino el sabio ingeniero don Isidoro Roser, que nos invitó galantemente para que visitáramos su soberbia fundición.

AND. ¡Qué cosa tan magnífica!

GAS. ¿Sí, eh?

AND. ¡Ya lo creo!... ¡Qué hornos tan grandes, qué martillos tan enormes, qué chimeneas tan empenachadas de humo, qué máquinas tan complicadas! ¡El hierro, en aquellos cráteres de carbón, se transforma en caldo, y luego el caldo se convierte en lo que quieren los mecánicos.

GAS. El caldo es bueno... en la mesa sobre todo...

PEPE A punto estuve de volverme loco en esas galerías.

GAS. Por eso huyo yo de ellas; para conservar el juicio. Las fábricas me entusiasman, pero á distancia; lo mismo que la música y la pintura.

AND. ¡Cuánto ruido y qué llamaradas tan intensas! ¡Pasearse por una fundición, es como pasearse por el infierno!

GAS. Seguramente. Infierno, con sus condenados. Los que trabajan... Por eso yo me quedé en la gloria, disfrutando plácida y perezosamente de lo que me conceden Dios y el amo de esta casa. De una tarde espléndida y de unos cigarros exquisitos.

AND. Pues la verdad es que te has privado de pasar una tarde deliciosa. Isidoro sabe hacer admirablemente los honores de su casa.

GAS. No lo niego.

PEPE El ingeniero es un hombre muy simpático.

GAS. En efecto; tiene esos méritos y muchos otros, el de la franqueza inclusive; porque ya recordaréis que anoche, hablando con nosotros, hizo un elogio calurosísimo de las clases populares, donde, á juicio suyo, aun quedan músculos y sangre, pasiones buenas ó malas.

AND. ¡Bah! Bien pueden perdonarse ciertos arranques democráticos á quien como él predica con el ejemplo, y se preocupa en mejorar la condición de los obreros.

GAS. Sí, ya sé que es un verdadero filántropo. Pero yo creo que no hace el bien por el gusto de hacerlo, sino para deslumbrar...

AND. ¿Y a quién trata de deslumbrar?

GAS. ¿A quién? A la hija de nuestro amigo el Conde de Corbellón.

PEPE Ya había notado yo ciertos síntomas de inteligencia entre ella y el ingeniero... ¡Qué miradas tan expresivas... tan incendiarias!...

GAS. Como los hornos esos de que nos hablaba Andrés hace un momento... El horno arde, el hombre se convierte en materia dúctil, en cualquier cosa, en marido, si tal es la voluntad de la mujer. De modo, amigos míos, que hay amor al rojo cereza, que es la temperatura máxima de la pasión, y no me sorprenderá que también haya boda... Me lo ha dicho mi mujer en secreto y yo os lo cuento, porque los secretos se dicen para divulgarlos. La hija única de nuestro excelente amigo está enamorada, locamente enamorada, del dueño de esa soberbia fábrica.

AND. ¡Un plebeyo!

GAS. Sí, plebeyo, pero millonario. El Conde hubiese querido entroncar con algún aristócrata rico ¡quién lo duda! Pero la suerte no le ha deparado hasta la fecha ningún yerno de rancia nobleza y con dinero.

AND. ¿Cómo está de fortuna el Conde?

GAS. Medianamente. Como tú, como yo, como muchos de los que vinimos á este pícaro mundo cuando mueren los privilegios. El escudo nobiliario de los Corbellones se encuentra algo deteriorado y hay que renovarle... Ya sabes que el oro refresca las ejecutorias.

PEPE Pues, á pesar de eso, yo no creo que el Conde se resigne á que su hija entre á formar parte de una familia vulgar.

AND. Pero como los tiempos cambian, y las circunstancias se modifican, el tieso magnate acabará por doblarse ante los ruegos de una niña enamorada, y también ante las necesidades de una aristocracia que no tiene lo necesario para nutrirse decorosamente.

PEPE Me alegraré de que se confirmen tus suposiciones, porque el ingeniero me agrada.

AND. El que de seguro no se alegrará es Manolito Gandarias.

PEPE ¿Por qué?

AND. ¿No lo has notado? Desde que el Conde abandonó la corte para venirse á vivir á Salvatierra, por motivos de salud...

GAS. Y de economía.

PEPE Gandarias no pierde ocasión de visitar á sus parientes, y habla siempre de Inés con un entusiasmo, con un apasionamiento...

AND. Pues corre el peligro de quedarse á media correspondencia, es decir, de primo perpetuo.

GAS. ¿Quién le mete á ese muchacho en honduras? Que busque una rica heredera, y se deje de amores románticos con doncellas de sangre azul y de bolsillos anémicos. Ha llegado la hora de la armonía entre el dinero y la vanidad. ¿El capital quiere hoy honores? Pues se le brindan, y en paz. ¿Los aristócratas necesitan capital? Pues lo buscan, y lo adquieren. Seamos positivistas y hasta demócratas, ¡qué diantre! Si yo me quedase viudo...

AND. ¡Qué atrocidad!

GAS. Hablo en hipótesis. Pues bien, si yo me quedase viudo, me casaba otra vez, ¡y cuidado si sería sacrificio el mío! pero en ciertas y determinadas condiciones.

PEPE De modo que tú crees que los amores de Inés y del ingeniero acabarán por formalizarse.

GAS. De seguro Y así emparentarán el altivo conde de Corbellón y don Ignacio Roser.

AND. ¿El padre de Isidoro?

GAS. El mismo. Un hombre del pueblo muy simpático y muy digno de ser estimado.

PEPE (Viendo entrar á don Ignacio.) ¡Aquí llega!

ESCENA II

LOS MISMOS y DON IGNACIO, que entra vestido como los labradores acomodados

ING. ¿Se aburren ustedes?

AND. No, señor.

GAS. De ningún modo.

IGN. No me extrañaría. Acostumbrados á la vida de Madrid, esta otra debe de hastiarles mucho. Por lo que á mí me sucede presumo lo que les ocurrirá á ustedes. Cuando alguna vez voy á la corte, me mareo, me fatigo, me canso en seguida. El bullicio de la capital me trastorna por completo, y á las pocas horas de encontrarme enmedio de aquella batahola, siento verdaderas ansias por volver á Salvatierra.

AND. La costumbre de vivir siempre en este sitio.

IGN. No, costumbre no. Hace aún poco tiempo que resido aquí.

GAS. (Con cierto interés.) ¿Poco tiempo?

IGN. Un año apenas. Al regresar mi hijo de América, donde estuvo desde su niñez, nos instalamos en este pueblo porque reune excelentes condiciones para la industria montada por Isidoro.

GAS. ¿Luego su hijo vivió separado de usted?

IGN. Sí, señor. Isidoro estuvo alejado de mí durante muchos años. En América tenía yo un hermano, y al lado suyo se crió mi hijo, y de su tío heredó los bienes que hoy acrecienta con su trabajo, con su talento.

GAS. Ese orgullo de padre le honra.

IGN. Cierto. Tengo ese orgullo, ¿por qué he de negarlo? Yo creo que la Providencia reserva para cada persona, y en proporciones iguales, dichas y desventuras que va enviando alternativamente. A mí me tocaron en la juventud, de un solo golpe, todas las desgracias; y ahora, al empezar la vejez, recibo de un solo golpe también todas las felicidades posibles. En lo que hemos convenido en llamar nuestros buenos tiempos fuí muy desdichado, y hoy, ya lo han visto ustedes, hasta puedo permitirme la vanidad de tener orgullo, que es un lujo del alma.

PEPE De manera que Isidoro, ¿no se educó en España?

IGN. No, señor. Aquí hubiera sido lo que son otros muchos, lo que yo fuí. Un pobre labrador destinado á gastar su existencia entre cuatro

terrones, dado caso de que no se hubiera apoderado de ellos el fisco. Isidoro se fué á América, estudió mucho, se hizo hombre, y por último ha regresado á su patria para concederme la dicha de morir tranquilo y satisfecho.

GAS. Y para hacer la felicidad de los pobres.

AND. Justo.

IGN. Eso es lo que más me enorgullece. Su amor hacia los necesitados, hacia los humildes... ¡Ah!.... Créanme ustedes, vale mucho ser instruído, pero vale más, mucho más, ser bueno.

AND Verdad.

GAS. Habla usted de su hijo con gran entusiasmo.

IGN. En efecto, siento por él un cariño extraordinario, un verdadero culto. Cuando entro en la fábrica, el Señor me perdone, creo que entro en un templo, y me dan impulsos irresistibles de hincarme de rodillas. Los ruidos de los martinetes se meantojan repiqueteos de iglesia que piden oraciones, los hornos altares, y el humo de las chimeneas incienso que se disipa en el espacio como ofrenda religiosa dedicada al trabajo. (Esto lo dirá el actor con gran vehemencia.) ¡Oh, si todos los ricos imitasen á mi hijo, no habría en el mundo tantas miserias ni tantos odios!

PEPE (Aparte á Gaspar.) ¿Qué te parece ese himno al trabajo?

GAS (Aparte también.) Muy bonito para oirlo... sentado.

IGN. (Variando de tono.) ¡Vaya! Perdonen ustedes estos arrebatos estemporáneos... En hablando de mi hijo pierdo la chaveta, desbarro y hasta me pongo en ridículo... Chocheces de viejo...

GAS. Ridículo, ¿por qué? Todo lo contrario; lo ridículo es ocultar el cariño de padre.

AND. En suma, amigo don Ignacio, que es usted un hombre afortunado y que merece ser dichoso.

PEPE Sí que lo merece.

IGN. ¡Quién sabe!

GAS. (Con cierta malicia.) De seguro.

IGN. Probablemente no lo mereceré... En los últimos rincones de la conciencia todos tenemos algunos pecadillos ocultos para no merecer grandes premios... Pero hoy por hoy declaro á ustedes que vivo como un rey, feliz, entregado á mi trabajo.

GAS. ¿Trabaja usted?

IGN. Sí, señor; y no me explico que nadie viva dichoso en la holganza.

GAS. Ni yo tampoco (Aparte.) me explico lo contrario.

IGN. Continúo siendo labrador como siempre.

GAS. ¿Le gusta á usted el campo?

IGN. ¡Que si me gusta! Es mi pasión favorita, mi mayor deleite... Para mí el campo es algo animado, que tiene alma, ni más ni menos que cualquiera de nosotros. El verdadero labrador cuida de sus tierras como un padre de sus hijos y ve en cada planta una criatura humana. Sí, señores, para nosotros dan á luz los terrones tallos delicados, que al crecer, nos producen alegrías infinitas. El campo es un amigo bueno, callado, cariñoso. Oye lo que le dicen sin rechistar, y si abriga en su seno alguna mala yerba, deja que se la estirpen, sin quejarse y sin pedir castigo para el que mata la cizaña.

PEPE ¡Qué entusiasmo!

AND. El campo pintado de ese modo es muy bonito.

GAS. Al oirle á usted, don Ignacio, me dan ganas de acompañarle por esos campos de Dios.

IGN. No perdería usted el tiempo. Yo le prometo que vería cosas buenas.

GAS. (Levantándose.) Ea, que me voy á la huerta con usted.

ESCENA III

LOS MISMOS y MANOLITO, que entra por el foro

PEPE ¡Manolito!

GAS. ¿Tú por aquí?

MAN. Buenas tardes, caballeros. ¿Tan inesperada es mi visita?

AND. Te creíamos en Madrid.

MAN. He llegado hace pocos momentos; pero al entrar en casa de mi tío me dicen que estaban ustedes celebrando una excursión campestre, y yo, sin invitación previa, me incluyo entre los convidados... ¿Estorbo?

IGN. De ninguna manera. Está usted en su casa.

MAN. (Con desabrimiento.) Muchas gracias.

GAS. Pues chico, me encuentras en el momento preciso de emprender una expedición agrícola. Me voy á dar una vueltecilla por el huerto. ¿Quieres venir? Verás calabazas. (Volviéndose hacia don Ignacio y sonriéndose maliciosamente.) En el huerto habrá calabazas ¿eh?

IGN. (Sonriéndose también.) Ya lo creo. Grandes, enormes.

GAS. ¿Oyes, chico? Hay magníficas calabazas. Medran mucho las calabazas en estos contornos. ¿Conque vienes? Te convencerás por tí mismo.

MAN. (Con desabrimiento.) Déjame en paz.

GAS. Y vosotros, ¿tampoco quereis ser de la partida?

PEPE. Yo, por mi parte, no.

AND. Ni yo.

GAS. ¡Ingratos! Hasta luego. (A don Ignacio.) Vámonos nosotros, á ver si consigo que usted me comunique su entusiasmo por la madre Naturaleza.

IGN. Vamos. (Se van los dos.)

ESCENA IV

PEPE, ANDRÉS y MANOLITO

AND. (A Manolito.) Por supuesto que eso de las calabazas lo decía con mala intención.

MAN. Sin duda aludía á las negativas con que su esposa, la encantadora Dolores, contesta á tus declaraciones diarias. Se sabe todo, amigo desleal.

AND. No... La indirecta no iba dirigida a mi humildísima persona... Te la dedicaba.

MAN. ¿A mí?

AND. Naturalmente.

PEPE Opino lo mismo.

MAN. ¿Tú también? ¡Ea! Pues conozcamos el motivo verdadero de esas indirectas agrícolas.

AND. El motivo, eres tú.

MAN. ¿Yo?

PEPE Sí... No te hagas el desentendido. Tú adoras á Inés, pero ella no te corresponde y guarda todas sus ternuras para Isidoro, de lo cual resulta que á pesar de tus pretensiones y de tus méritos, corres el riesgo de quedarte compuesto y sin novia.

MAN. ¡Ah, vamos! ¿Era eso lo que querías decirme? Pues no celebreis por adelantado la graciosa ocurrencia de Gaspar. Todavía no es cosa positiva que yo sea pretendiente formal de mi prima. Tampoco lo es que el ingeniero sea mi rival afortunado, ni mucho menos que consiga casarse con Inés...

PEPE ¿Hay misterio?

AND. Tú nos ocultas algo.

MAN. No.

AND. Sí.

MAN. Yo no oculto nada. Pero los proyectos de bodas son como los augurios de tormenta... No hay que darles entero crédito hasta que se ven confirmados por el tiempo.

PEPE Ese símil metereológico es muy bonito.

AND. ¿Tienes en tu mano el secreto de las tempestades?

MAN. No seais curiosos. Calma, un poco de calma. *Qui vivá verrá*, como dicen los franceses. Todavía no ha llegado el momento de hablar claro. (Se oyen voces fuera.)

PEPE Ya vuelven.

MAN. Pues doblemos la hoja.

ESCENA V

LOS MISMOS: DOLORES, el CONDE DE CORBELLÓN, INÉS é ISIDORO. Estos dos entran los últimos.

DOL. Admirable. Todo esto me encanta. (Reparando en Andrés y en sus amigos.) ¡Ah! ¿Estaban ustedes aquí?

AND. (Acercándose á ella.) Aquí estábamos verdaderamente desolados.

DOL. ¿Por qué?

AND. (A media voz.) Por su ausencia.

INÉS (Reparando en su primo.) ¿Manolito?

MAN. El mismo.

ISID. Señor Gandarias.

MAN. (Con marcada frialdad.) Caballero..

CONDE ¿Tú por aquí?

MAN. Quise dar á ustedes una sorpresa, y me puse en camino sin avisar.

INÉS Me alegro.

MAN. (Con intención.) ¿De veras?

DOL. Crea usted que estas grandes fábricas me entusiasman. (A Andrés.)

AND. (En voz baja.) Ojalá aprendiera usted en ellas una cosa.

DOL. ¿Cuál?

AND. A blandear su pecho, siempre más duro para mí que el mismo hierro.

DOL. (Sin hacerle caso.) Pero, ¿y Gaspar? ¿Por dónde anda mi marido?

PEPE Está en la huerta.

DOL. ¿Sí? Pues vamos á la huerta... Aún no hemos visto los jardines... Conque, prosiga la excursión. (Alto, y dirigiéndose á los demás.)

PEPE En marcha...

CONDE Algo fatigado estoy; pero, en fin, vamos allá.

AND. (Ofreciendo el brazo á Dolores.) Cuando usted guste.

DOL. Perdone usted... El Conde está fatigado, y quiero servirle de apoyo... El brazo, Conde.

AND. (Contrariado.) No insisto. (Salen el Conde y Dolores por el fondo derecha.)

PEPE (Sonriendo maliciosamente.) Y tú conmigo. (Ofreciéndole el brazo.)

AND. (Rechazándole.) Anda al demonio.

PEPE ¡Pérfido! Siempre pensando en traicionar á un amigo tan leal.

AND. No siento yo la lealtad del marido.

PEPE Sino la lealtad de la mujer ¿eh?

AND. Precisamente. (Se van los dos.)

MAN. Inés, ¿vienes?

ISID. Vaya usted. (Con cierto disgusto.)

INÉS (A Manolito.) No, aguarda un poco Estoy algo fatigada... Ahora iré.

MAN. Hasta luego. (Se va.)

ESCENA VI

INÉS é ISIDORO

INÉS ¿Está usted satisfecho, señor Otelo?

ISID. ¿Otelo? ¿Por qué?

INÉS ¿Y usted me lo pregunta? Supone usted que no he notado el gesto de disgusto que hizo al ver á mi primo. Vamos, confiéselo usted.

ISID. Pues bien, sí, lo confieso. La presencia de ese hombre me desagrada, me inquieta. El verdadero amor es siempre suspicaz.

INÉS ¿Suspicacias? Si está usted seguro de mi afecto, ¿por qué se inquieta? Ni mi primo, ni el más arriesgado y temible de los Tenorios puede disponer ya de mi corazón. Demasiado lo sabe usted, caballero.

ISID. (Con gran pasión.) ¡Inés! No le choquen ni mis recelos ni mis dudas. No desconfío de su amor; desconfío de mis méritos para poseerle. ¿No ha presenciado usted nunca la alegría de un niño pobre cuando le entregan

un juguete costoso? Le mira con afán, con asombro. ¿Es para mí? pregunta á los que le rodean, y cuando se convence de que es suyo, le oculta, temeroso de las codicias ajenas, y en las manos que le acarician cree ver manos ladronas que van á arrebatarle el objeto apetecido. Muchas veces contemplé á usted desde lejos con veneración, porque ya empezaba á ser Inés en mi alma motivo de culto. ¡Si fuera mía! pensaba. ¡Cuanta felicidad! Pero ¿cómo?... ¡Imposible! Ella gran señora, yo un trabajador, afortunado pero trabajador al fin, obrero de abajo, lejos de las grandezas señoriles de la altura... Y fué. El humilde tiene ya en sus manos el corazón que tanto apetecía. ¡Le parece imposible tanta felicidad, y por eso ve asechanzas en los que le miran, envidias en los que le rodean y manos avarientas de su dicha en cuantas manos se le acercan.

INÉS Los hombres desconfiados merecen un castigo.

ISID. Harto castigado estoy.

INÉS No, aún no.

ISID. Es usted cruel, y no me extraña. Al fin y al cabo el amor verdadero es una gran crueldad. La crueldad de encerrar dos almas en un deseo único, en una sola aspiración. Pero, créame usted, Inés; el cariño que le profeso es tan intenso, que sin él no me sonreiría la existencia... Por esta razón soy celoso, muy celoso.

INÉS Por eso, y además porque ya le han ido con el cuento de que Manolito es mi pretendiente. Y lo, es, sí, señor, lo es.

ISID. ¿Conque era cierto? (Con ira.)

INÉS ¿No lo dije? Ya perdió usted la serenidad; ya asomó á sus ojos todo el encono de la pasión contrariada y toda la furia del rencor. (Sonriéndose.)

ISID. ¿Pero es verdad que ese impertinente solicita su cariño?

INÉS Verdad, sí. ¿Y eso qué importa?

ISID. ¿Qué importa? Los mayores respetos siem-

pre para usted, los mayores halagos, los mayores sacrificios si fuera necesario; pero respetos, dulzuras y sumisiones se convertirán en arrebatos, cóleras y fierezas contra quien se atreviera á disputarme lo que es mío.

INÉS ¡Miren el sumiso y cómo se exalta!

ISID. ¡Con razón!

INÉS Sin ella. Que mi primo me quiere, ¿y qué? Quiérame cuanto le plazca. A mí su cariño ni siquiera me proporciona inquietud. Amor que no inspira ni simpatía ni miedo es amor perdido para lo presente y para lo porvenir. Mientras mi corazón gozó de absoluta independencia, oí indiferentemente las proposiciones de mi primo. Hoy que mi corazón tiene dueño, puedo decir al que solicita serlo: «No te esfuerces, es inútil. Mi voluntad ha elegido ya señor.» ¿Está usted satisfecho?

ISID. ¿Satisfecho? ¡Aun más; orgulloso! Pero es que me ofenden hasta las miradas envidiosas de los que desearian poseer mi felicidad. Y ese Gandarias, sobre todo, me es tan antipático... porque usted misma lo dice. Solicita su amor, la importuna constantemente con sus solicitudes.
¿Verdad?

INÉS Una verdad como un templo.

ISID. ¡Ah!

INÉS Pero también es verdad que mi primo recibe por cada declaración de amor la negativa correspondiente. De modo que es ridículo, soberanamente ridículo, temer nada de mi cariñoso primo.

ISID. Sin embargo...

INÉS Basta. No admito discusiones acerca de este asunto. Sus recelos me ofenden. Cuando yo doy seguridades completas es porque puedo darlas. Parece mentira que los hombres de talento procedan en el mundo, casi siempre, como unos... ¿lo digo? Como unos verdaderos mentecatos.

ISID. ¡Por Dios!

INÈS Esa es la palabra. Usted es un ingeniero lleno de ciencia, capaz de construir el arte-

facto más difícil, más complicado, y sin embargo, desconoce en absoluto el mecanismo que mueve el corazón de una mujer. ¡Y es tan fácil poseer todos sus secretos! Entran en él simpatías y salen transformadas en cariño. Por lo mismo hay que cuidar de no meter en él corazón suspicacias ni dudas, porque pueden engendrar desvíos é indiferencias.

ISID. Aprovecho la lección y callo.

INÉS No basta con eso. Es preciso creer.

ISID. También creo.

INÈS Pues pongamos punto final á este coloquio, porque así, sin darse cuenta de ello, abandona usted á sus convidados y falta á las reglas de la hospitalidad. (Levantándose.)

ISID. (Levantándose también.) Estoy á sus órdenes.

INÉS Pues vamos.

ISID. Cuando usted guste. (En este momento entran en escena don Ignacio y el Conde de Corbellón.)

INÈS (Viéndolos entrar.) ¿Ve usted?... Ya vienen á buscarnos.

ESCENA VII

LOS MISMOS. DON IGNACIO y el CONDE

IGN. (Desde la puerta.) Aquí están... Se les echa á ustedes de menos.

INÉS Allá vamos.

CONDE Y yo me siento. Las excursiones campestres no se han hecho para los viejos.

INÉS ¿Qué te ha parecido la posesión? (A su padre.)

CONDE ¡Soberbia!

ISID. ¡Señor Conde! (Inclinándose.)

CONDE Lo digo sin lisonja He pasado en ella un día delicioso, verdaderamente delicioso.

INÉS (A Isidoro.) ¿Conque vamos á reunirnos con los expedicionarios?

ISID. Estoy á sus órdenes. (Ofreciéndola el brazo.)

INÉS Hasta luego, papá.

CONDE Hasta luego.

IGN. No tarden ustedes. La comida está ya dispuesta.

INÉS Volveremos en seguida. (Vanse.)

ESCENA VIII

DON IGNACIO y el CONDE

IGN. (Viéndolos alejarse.) ¡Linda pareja!.... Ambos merecen ser felices, muy felices... Ella es tan buena. . tan sencilla... tan hermosa...

CONDE (Interrumpiéndole.) ¿Qué hace usted ahí?

IGN. Nada, señor Conde; es decir, sí, contemplaba extasiado á su hija...

CONDE ¿Extasiado nada menos?

IGN. Sí, señor, sí. Nunca he visto tantas perfecciones juntas.

CONDE Muchas gracias.

IGN. Ya que hablamos de su hija, señor Conde, quisiera decir á usted algo íntimo que se relaciona con ella.

CONDE Diga usted.

IGN. Señor Conde, usted habrá de perdonarme mis atrevimientos, mis franquezas, mis incorrecciones quizá. Yo no entiendo de etiquetas. La costumbre de vivir en el campo me obliga á tratar todos los asuntos con llaneza.

CONDE Hable usted, sin ambajes.

IGN. A eso voy. Todo el mundo, en Salvatierra, se ha fijado ya en las mutuas simpatías que se profesan nuestros hijos. Es uno de esos secretos que se revelan á voces. De modo que usted debe saberlo, de fijo.

CONDE Oficialmente, no.

IGN. Pero lo sabrá usted extraoficialmente. Las noticias de amores las dan los ojos de los enamorados, sin necesidad de declaraciones previas ni de fórmulas ociosas.

CONDE No hay fórmulas ociosas nunca. Las cosas pueden hacerse bien, y así deben hacerse.

IGN. Convengo en ello, señor Conde. Pero, en suma, y tomándome la libertad de tratar á usted con entera franqueza, quisiera conocer su opinión acerca de los propósitos de mi hijo. Ya sé que somos demasiado plebeyos para merecer el honor de entrar en una

familia tan distinguida, tan aristocrática como la de usted, pero á falta de pergaminos, Isidoro tiene amor al trabajo, corazón sano, nobleza de alma.

CONDE Señor don Ignacio: no tengo necesidad de encarecer el afecto que profeso á Isidoro y la gran simpatía que ambos me inspiraron desde el momento en que les conocí.

IGN. (Inclinándose) ¡Señor Conde!...

CONDE Pero...

IGN. ¿Hay un pero?

CONDE Déjeme usted concluir. Por reveses continuados de la fortuna, por empeños de la desgracia, que se ha cebado en mi familia durante estos últimos años, la opulenta casa de los Corbellones y de los Iniestas, de la cual somos Inés y yo los últimos representantes directos, ha llegado á una situación verdaderamente angustiosa. En este estado, el matrimonio de mi hija con un ingeniero rico, pero de origen humilde, tendría á los ojos de la sociedad todo el carácter de una venta vergonzosa; y yo, no obstante mi pobreza, ó quizá por eso mismo, tengo demasiado orgullo para permitir que nadie crea que trato de restaurar con el casamiento de Inés el antiguo esplendor de mi palacio solariego.

IGN. ¿Quién había de creer?...

CONDE ¿Quién? Todo el mundo. Sin ir más lejos, esos mismos amigos de Madrid, que me han dispensado el honor de visitarme en este retiro, serían los primeros en atribuir mi consentimiento á razones puramente económicas.

IGN. Señor Conde, deje usted á las gentes que digan lo que quieran. Por vanos escrúpulos de delicadeza nadie debe sacrificar la dicha de sus hijos.

CONDE Necesitaba indicar á usted las razones que tengo para no aceptar desde luego sus proposiciones. Esto no quiere decir que me oponga resueltamente á ellas. Si Inés está enamorada de Isidoro, y si consiente de-

buen grado en aceptarle como marido, yo no haré nada para contrariar la resolución de mi hija.

IGN. (Con júbilo.) ¡Ah! Pues entonces esta discusión huelga... Tengo la seguridad de que los enamorados anhelan realizar sus sueños. Conque alegría... ¡mucha alegría! (Al pronunciar estas palabras, entran en la escena los demás personajes.)

ESCENA IX

LOS MISMOS, INÉS, DOLORES, MANOLITO, ISIDORO, PEPE, GASPAR y ANDRÉS. Entran todos conversando ruidosamente á excepción de Manolito que permanece silencioso

GAS. Eso eso es bueno. ¡Alegría! Alimento de las almas sanas. Solo los malos se nutren con tristezas.

PEPE ¡Gaspar, filósofo!

AND. El campo le inspira.

GAS. Justo. El campo tiene privilegio de despertar los grandes sentimientos. ¿No es cierto, Gandarias?

MAN. Es posible.

DOL. (A Inés.) Me parece que los papás se han entendido. Que sea enhorabuena.

INÉS (A Dolores.) Con el alma la recibo.

PEPE (A Andrés.) Vamos, hombre, alégrate tú también. Todo es júbilo en esta casa.

AND. Todavía no tengo motivos para estar alegre.

PEPE Entendido. Para que tú estés alegre es preciso que Gaspar se encuentre triste. (En este momento entra un criado con luces y cierra las puertas de cristales que dan al campo.)

ISID. Señores: después de honrar mi casa deseo que también honren mi mesa. Con la excursión se han agotado las fuerzas y es preciso repararlas.

GAS. Soy del mismo parecer. ¡Carbón á las máquinas!

IGN. Pues entonces al comedor.

GAS. En marcha.

ISID. (Acercándose á Inés.) Hoy es el día más feliz de mi vida.

INÉS (Apoyándose en su brazo.) Y el de la mía también.

PEPE (Mirando de soslayo á Manolito) Manolito sigue sombrío. (A Andrés.)

AND. Los celos amargan mucho.

PEPE ¿Lo sabes por experiencia?

GAS. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Vamos?

PEPE Sí, vamos. (Vanse todos á excepción de Manolito y don Ignacio que le aguarda.)

ESCENA X

MANOLITO y DON IGNACIO

IGN. Señor Gandarias, tenga usted la bondad de pasar adelante.

MAN. Un momento. Necesito hablar con usted.

IGN. Más tarde. Ahora nos aguardan.

MAN. Son pocas palabras.

IGN. Diga usted.

MAN. He oido asegurar que Isidoro se propone pedir la mano de mi prima. ¿Es esto cierto?

IGN. Ignoro, caballero, con qué derecho me dirige usted semejante pregunta.

MAN. ¿Se niega usted á contestar?

IGN. (Después de un momento de vacilación.) No me niego. Es cierto, absolutamente cierto que mi hijo tiene el propósito de pedir al señor conde de Corbellón la mano de Inés.

MAN. Supongo que usted procurará disuadir á su hijo de semejante proyecto.

IGN. ¡Yo! (Con cierto asombro.)

MAN. (Tranquilamente.) Sin duda.

IGN. ¿Por qué?

MAN. No quisiera ser más explícito. Usted sabe que ese matrimonio no debe realizarse, no puede realizarse

IGN. (Empezando á alarmarse.) ¿Qué quiere usted decir?

MAN. Que conozco la parte secreta de la vida de usted y que la revelaré en caso preciso; nada

más que en este caso. (Con gran frialdad y haciendo ademán de retirarse.)

IGN. (Con el estupor propio de la situación. ¿Eh? ¿Cómo? (Deteniéndole.) Deténgase usted.

MAN. Nos están esperando.

IGN. ¡Que esperen! ¿Dice usted que conoce mi vida pasada?

MAN. Sí, señor, la conozco. De manera que ya está usted advertido. (Volviendo á hacer ademán de marcharse.) Ni una palabra más.

IGN. (Deteniéndole de nuevo.) Al contrario. Ahora le exijo á usted que hable claro, muy claro.

MAN. ¿Lo exije usted?

IGN. Lo exijo.

MAN. Pues ya que usted se empeña, sea. Usted es Ignacio Roser, licenciado de presidio. Tengo en el bolsillo la prueba.

IGN. (Mirando con sobresalto á todos los lados.) ¡Silencio!

MAN. De usted depende que este silencio se prolongue indefinidamente. Ningún interés tengo en divulgar su secreto.

IGN. Lo que usted me pide es imposible. Mi hijo está enamorado de Inés, y nadie podrá quitarle esa pasión sin arrancarle también la vida.

MAN. Entonces procederé de distinto modo. Mi cualidad de pariente cercano del conde de Corbellón me impone el deber de impedir un matrimonio que sería una afrenta para toda la familia.

IGN. (Suplicante.) Yo ruego á usted, por el amor del cielo, que tenga compasión de mí. Isidoro nada sabe de mi pasado. Por ocultárselo he vivido ausente de él durante muchos años, una eternidad, y hoy, que al fin encuentro el premio de mis desventuras, quiere usted de improviso sumirme en la desesperación. ¡Oh, no, usted no hará eso, no puede hacerlo!

MAN. Basta de extremos. Mi resolución es irrevocable.

IGN. De nuevo le suplico que tenga usted compasión de mi hijo. El está limpio de toda

culpa; es bueno, generoso, honrado. Herirle traidoramente en el corazón sería la mayor de las vilezas...

MAN. Es inútil. Hemos concluido.

IGN. (Variando de tono y con voz amenazadora.) ¡Aún no!

MAN. ¿Qué significa?...

IGN. Esto significa que ya que por la persuasión, por la súplica, no he conseguido ahogar sus rencores, voy á emplear otros medios más persuasivos.

MAN. ¿Busca usted el escándalo?

IGN Busco su silencio, un silencio absoluto.

MAN. Yo diré lo que me parezca.

IGN. Y yo cerraré sus labios para siempre, ¡para siempre! Fuí presidiario, pues volveré á serlo. (Avanzando hacia él.)

MAN. (Retrocediendo.) ¡Ignacio!

IGN. ¡Miserable! (Al precipitarse sobre él aparecen Andrés y Pepe. Al verlos Ignacio procura serenarse y se contiene. Transición.)

ESCENA XI

LOS MISMOS, y ANDRÉS desde el umbral de la puerta y GASPAR

GAS. Pero señores. Estamos esperándoles. ¿Qué hacen ustedes?

IGN. (Con naturalidad.) Nada .. Nada... Que el señor Gandarias no accedía á mis súplicas... que se negaba á aceptar un puesto en nuestra mesa... pero ya le he convencido...

AND. ¡Basta de cumplidos! ¡A la mesa!

IGN. ¡Ya lo oye usted, señor Gandarias. ¡A la mesa!

MAN. Sí, sí. Vamos allá.

GAS. Pues adentro, adentro. (Se dirigen todos hacia el comedor.)

IGN. (Al entrar.) ¡Oh, Dios mío, Dios mío, no vuelvas á hacerme desgraciado!...

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala del palacio del conde de Corbellón, adornada con cierto lujo; todos los muebles, cortinajes, etc., etc , revelan una antigüedad respetable. En las paredes varios retratos de familia pintados al óleo. Un reloj sobre uno de los muebles del fondo. Mesita á la derecha con timbre. Puerta que se supone comunica con el exterior en el fondo. Puertas laterales derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS sentado en una silla leyendo un libro. Después PEPE y criado por el fondo

AND. (Arrojando el libro sobre la mesa.) ¡Cuántas tonterías escriben estos novelistas! Ni aun en el campo se puede soportar la lectura. (Mirando el reloj que hay sobre uno de los muebles.) ¡Las nueve! Y yo suponía que eran las doce lo menos. ¡Qué lentamente gasta el tiempo el aburrimiento! La vida rural no se hizo para los desocupados que no son rurales. Por eso se me figuran siglos estos días. ¡Cómo echo de menos mis noches de Madrid, esas deliciosas noches del casino que se tragan las horas y el dinero como por encanto!... Si no fuera por Dolores ya había puesto pies en polvorosa. Y Dolores no da muestras de apiadarse de los míos. ¿Pero cómo vuelvo yo á Madrid sin haber conseguido la victotoria? ¡Imposible! Esto sería tanto como declararme vencido y entonces me quedo sin

reputación, sin esta mala reputación que tantas simpatías me ha proporcionado. ¡Ah, Pepe!

ESCENA II

ANDRÉS y PEPE y el CRIADO á quien entrega el morral de caza

PEPE Buenos días, enamorado impenitente.

AND. ¡Hola! cazador de gangas.

PEPE ¿De gangas, eh? Pregúntale al guarda. Cuatro disparos he hecho y cuatro codornices he tumbado. ¡Tengo una puntería!

AND. Pues, chico, yo me he aburrido soberanamente.

PEPE ¡Es natural! Si te hubieras venido conmigo habrías gozado de las delicias del amanecer. El campo, como dice don Ignacio, se despereza fresco y risueño entre murmullos que producen un placer inexplicable y entre torrentes de luz que difunden la alegría por todas partes.

AND. Todo eso es muy bonito. El amanecer cuando se va hacia la cama está muy bien, pero cuando se sale de ella, ¡qué costoso es el goce de ver cómo despunta el día!

PEPE Además, y dadas tus aficiones de Tenorio moderno, podías experimentar la suprema dicha de mirar á las zagalas de estos contornos, que sino son tan poéticas ni tan espirituales como las que pinta Garcilaso, tienen, en cambio, colores sanos y formas exuberantes que alegran la vista.

AND. Yo no he venido aquí para contemplar zagalas rollizas ni para correr por los montes.

PEPE Ya lo sé. Ya sé que á tí te gusta la caza en el puesto, y en vedado. Es más cómodo. Por eso te colocaste aquí en la butaca, provisto del reclamo y aguardando tranquilamente la pieza.

AND. Que no ha pasado todavía.

PEPE Pues mucho ojo que el guarda acecha. Y

apropósito de guarda. ¿Por dónde anda Gaspar?

AND. Aun no le he visto. (Mirando hacia la puerta de la izquierda.)

PEPE En nombrando al ruin de Roma... Ahí lo tienes.

AND. Y ella también.

PEPE Prepara las municiones y... buena suerte...

ESCENA III

LOS MISMOS, DOLORES y GASPAR. Este último trae una carta y varios periódicos

AND. (Levantándose.) Dichosos los ojos que la ven. Buenos días, Dolores.

DOL. ¡Muy buenos!

PEPE (Reparando en la carta y en los periódicos que trae Gaspar.) ¿Ha llegado el correo de Madrid?

GAS. Llegó. Pero sin correspondencia casi... Nada más que esta carta que te entrego, joven Amadís. (A Andrés.)

PEPE ¡Una epístola amorosa!

AND. No.

DOL. Es lo natural.

AND. No lo crea usted. No es letra de mujer. Yo no espero cartas amorosas de Madrid ni de ninguna otra parte.

GAS. *La Ilustración.* (Dándosela á Dolores. Se sientan todos. Andrés se sienta junto á Dolores, á quien mira con interés. Pepe se colocará enmedio de la escena y en un extremo Gaspar. Ambos hojean los periódicos.)

AND. ¿No lo dije? Carta de un amigo... ¡Cáspita!... (Se separa instintivamente de Dolores.)

PEPE ¿Qué sucede?

AND. ¡Ahí es nada!... Una verdadera tragedia doméstica... El descubrimiento de unos amoríos ilegales y las consecuencias.

DOL. Crónica escandalosa.

GAS. Pero, ¿qué ha habido?

AND. Pues un lance; pero un lance serio, entre el general Cienfuegos y el duque de Rocamora.

PEPE (Mirando con intención á Andrés.) ¡Tenía que su-

ceder! La generala y el duque eran poco prudentes.

DOL. ¿Y qué ha resultado del desafío?

AND. ¡Una friolera! Que el general ha herido gravemente á su adversario... ¡Pobre duque!

GAS. Menos mal. Por una vez siquiera el azar ha favorecido al esposo ultrajado. En ese ejemplo deben aprender todos esos rondadores eternos de casadas guapas.

DOL. Siga usted, Andrés. (Con sorna.)

AND. (Alejándose de ella un poco mas.) ¿Decía usted?

PEPE (Aparte á Andrés.) ¡Serenidad, hombre! (Burlándose.)

DOL. Que nos comunique usted todos los detalles intimos de esa historia, que de seguro será la comidilla de la corte.

AND. Pues nada, nada más. Mi amigo me dá la noticia escueta, sin pormenores de ninguna clase.

PEPE ¿El desafío fué?...

AND. A sable, con punta y filo.

PEPE Un duelo en toda regla.

GAS. No dió en su vida el general mejor sablazo; y eso que lleva dados una infinidad de ellos... en el casino. Sin embargo, continúo pensando que los desafíos son verdaderos desatinos.

AND. ¿De veras? (Muy alegre, y acercándose de nuevo á Dolores.)

GAS. ¡Claro! ¿Hay nada más estúpido que matarse los hombres casi públicamente y con padrinos?

AND. (A Dolores.) ¿Y usted, qué dice?

DOL. Yo no tengo opinión sobre ese asunto.

AND. Pues yo creo como tú que eso es inaudito, atroz.

GAS. Sí, inaudito. El duelo entre el esposo y el amante aumenta la gravedad de la ofensa.

AND. ¿De modo que tú no eres partidario de semejante barbaridad?

GAS. ¡Qué he de ser, hombre; ni mucho menos!...

AND. Naturalmente. (Aparte.) ¡Respiro!

GAS. Yo soy partidario...

AND. (Interrumpiéndole.) Del perdón; del olvido, en último término.

GAS. Yo soy partidario de aquellos maridos que, cuando se ven engañados por sus esposas, cogen á los Tenorios y los desuellan vivos, sin concederles ninguna ventaja.

PEPE ¡Já, já, já!... (Mirando a Andrés.)

AND. (Separándose de nuevo de Dolores.) ¡Demonio!

GAS. Si yo me hubiera encontrado en el pellejo del general, en vez de dispensar al duque el honor de enviarle dos testigos, le habría dado un pie de paliza de padre y muy señor mío, ó hubiese encargado á mis criados que se la dieran, para ahorrarme ese trabajo... ¿Qué te parece mi sistema?

AND. ¿A mí? Pues me parece bien, perfectamente bien. (Aparte.) Siempre que la paliza me la diesen en las costillas del duque.

PEPE El procedimiento es muy ejecutivo... ¡qué diantre!

AND. En efecto, es demasiado ejecutivo.

GAS. Yo creo que el que se introduce en el hogar ajeno para disputar la mujer al prójimo es como el ladrón, y á un ladrón nadie lo desafía, se le mata.

AND. No, si yo no discuto.

DOL. (Aparte á Andrés.) Aplíquese usted el cuento.

PEPE (También aparte.) ¡Pobre amigo mío!

GAS. Y basta de comentarios.

AND. Sí, sí, pasemos á otro asunto.

ESCENA IV

LOS MISMOS y el CONDE, que ha oído las últimas palabras

CONDE ¿Qué se discute?

GAS. Pues la eterna cuestión de los desafíos... Ya ves si estamos desocupados.

PEPE Pero no hay conformidad en los pareceres.

AND. ¿Y usted qué opina?

GAS. ¡A buena parte vas! Otro duelista, que á ser posible, resucitaría las épocas de los juicios de Dios.

CONDE En efecto, yo soy muy escrupuloso en materias de honor. Es más, creo que el origen

de nuestra decadencia consiste principalmente en que hemos dado al olvido ciertas leyes, transigiendo hasta con los bribones. Ni riquezas, ni goces, ni la existencia misma, importa lo que el honor. Ofende por igual lo nimio que lo grande. La honra ha de estar inmaculada siempre. Así lo aprendí de mis antecesores, y esta herencia dejaré á mis descendientes.

PEPE Muy bien dicho.

GAS. Yo no replico. A mi criterio me atengo.

AND. (Aparte.) Bueno es saberlo.

DOL. ¿Por donde anda Inés?

CONDE Está en sus habitaciones.

DOL. Pues voy á buscarla.

CONDE Y haga de paso el favor de decir á mi hija que la espero. (Vase Dolores.)

GAS. Se va á tratar de la boda, ¿eh?

AND. Nada de indiscrepciones.

PEPE Respetemos el secreto del sumario.

CONDE Todavía no es cosa decidida.

GAS. Te dejamos solo. Vamos en busca del ingeniero.

AND. La otra media naranja.

PEPE En marcha, te acompañamos.

GAS. Hasta luego.

CONDE Adiós. (Vanse los tres por la puerta del fondo.)

ESCENA V

El CONDE y luego INÉS

CONDE No lo puedo remediar. Esa unión proyectada no me seduce. La inclinación de mi hija me disgusta... Comprendo que Inés puede ser feliz, muy feliz, y sin embargo me repugna la idea de su enlace. ¡Ella!

INÉS ¿Me llamabas?

CONDE Sí, hija mía.

INÉS ¿Parece que estás preocupado?

CONDE No te equivocas. Estoy pensativo, preocupado.

INÉS ¿A que adivino la causa de tus preocupa-

ciones? La causa soy yo; yo misma. Tú, que has vivido siempre para tu hija, pensando en ella constantemente, recreándote en su dicha, ahora te apena al ver que la niña mimada comparte su cariño con otro. ¿Acerté? (Con mucha dulzura.)

CONDE Algo ocurre de eso, pero hay algo más. Siento, ¿por qué he de negarlo? una gran tristeza; la que experimentan todos los padres al perder una parte del amor de sus hijos.

INÉS (Interrumpiéndole.) Eso no es cierto. Casada te querré como te quiero de soltera. En mi corazón ocupas el mismo lugar de siempre. Al enamorarme se ensanchó mi alma, se duplicó, para que en ella cupiesen tu cariño y el cariño que profeso á Isidoro.

CONDE Nunca he dudado de tu afecto, hija mía.

INÉS Sí, has dudado; pero yo sabré disipar esas dudas. Ea, no quiero que estés triste, no quiero ver en tu rostro la huella de ningún pesar.

CONDE Pero si yo...

INÉS Tú no sientes la satisfacción que yo experimento. Y eres injusto... muy injusto... Isidoro es tan bueno... me quiere tanto.

CONDE Estimo á Isidoro de veras. Pero es que yo había soñado para tí, hija mía, un enlace digno de nuestra raza, un matrimonio que devolviese á la casa de los Corbellones su antiguo esplendor. Por eso me pregunto muchas veces si hago bien ó hago mal en consentir tus amoríos.

INÉS Tus suspicacias se fundan en el cariño que me tienes, pero son injustificadas.

CONDE La fatalidad se ha empeñado en desvanecer mis sueños. Azares de la suerte me quieren arrebatar una á una todas mis ilusiones; pero me resignaré á perderlas, siempre que de mi resignación resulte tu felicidad. ¿Estás enamorada, verdaderamente enamorada de Isidoro? (Cogiendo á su hija de las manos y mirándola fijamente.)

INÉS ¡Oh, sí! Le amo con toda mi alma, tanto que ni siquiera me explico tus escrúpulos. Es

para mí el hombre soñado, el dueño de mi alma.

CONDE ¿De manera que no te inquieta la desigualdad de tu enlace?

INÉS Inquietarme... ¿Isidoro es hijo de un pobre labrador? ¿Y qué? No me avergüenzo al pensar en unir mi suerte á la suya; al contrario, tal pensamiento despierta mi orgullo. Lo que me avergonzaría, lo que debía avergonzarte á tí es que nuestra casa buscara su amparo como tantas otras en fortunas malamente adquiridas; en alianzas con personas de esas que cubren con el oropel, que halaga las vanidades, lo que deshonra y envilece... ¿Dices que Isidoro no es de raza igual á la nuestra? ¡Vaya si lo es! Pertenece á la clase de los buenos, que es la preferida por Dios. Forma parte de la más esclarecida nobleza; la nobleza del trabajo... La mejor... No frunzas el ceño, papá.. Iba á decir la única.

CONDE ¡Arguyes democráticamente! Bien se conoce que el ingeniero no ha sembrado sus ideas en terreno estéril. (Sonriendo y acariciando a su hija)

INÉS Es que arguyo con el corazón, que no entiende de genealogías. Para clasificar á los hombres no se debe mirar á lo pasado. Es mejor atender á lo presente ó esperar en caso de duda á lo porvenir. ¿Por qué hemos de mantener rancias preocupaciones que separan á las gentes en vez de fundirlas todas en una aspiración única? ¡Dios creó á los hombres y los hombres crearon las clases, enmendando la obra de Dios!

CONDE Estás un poco bachillera. (Sonriendo.)

INÉS Abogo por mi amor y por mi felicidad... La mayor sabiduría de las mujeres. Por eso hablo y te fatigo... Porque le quiero mucho... mucho... A él ¿sabes? A él.

CONDE Corriente, pues no insisto más.

INÉS ¡Qué bueno eres! (Le abraza.)

CONDE (Sonriéndose) Somos buenos cuando respetamos las decisiones de nuestros hijos.

INÉS (Se vuelve hacia la puerta.) ¿Oyes? Debe de ser Isidoro. (Se dirige hacia la puerta del fondo en el momento en que aparece en ella Manolito.)

ESCENA VI

LOS MISMOS y MANOLITO

MAN. Buenos días.

INÉS ¡Ah! ¿Eres tú? Adelante.

CONDE (Riéndose. A Inés.) ¡Te engañó el corazón!

MAN. (Con ironía.) Engaña tantas veces... Por lo visto no era yo la persona á quien se aguardaba. (Se sienta al lado del Conde y de Inés.)

CONDE No. . Inés pensaba en *otro*.

MAN. Ya me figuro...

INÉS No se necesita ser un lince para adivinarlo.

MAN. No, seguramente. Para adivinar otras cosas sí que se necesita ser perspicaz. (Con intención.)

INÉS ¿Y cuáles son esas adivinaciones tan difíciles?

MAN. Muchas. Por lo pronto figúrate que yo, sin ser ningún lince, como tú dices, doy en la manía de hacer pronósticos.

INÉS ¿Falsos?

MAN. O verdaderos.

CONDE ¡Hola! ¡Hola!... Nigromántico tenemos. (Riéndose.)

INÉS Oigamos las profecías. (En broma.)

MAN. Pues imagínate que empiezo por predecir que esa persona á quien se espera con tanta impaciencia en esta casa no vendrá á ella. (Con cierta frialdad y dando á cada palabra la intención correspondiente.)

INÉS Me lo imagino, y después afirmo que yerras en tus pronósticos.

MAN. ¡Quién sabe!

CONDE Vamos, habla claro. Si tienes algo importante que decirnos, venga en buen hora, pero sin reticencias, sin misterios, porque ni Inés ni yo tenemos la costumbre de descifrar geroglíficos.

MAN. No se trata de enigmas ni de misterios, sino de realidades.

CONDE ¿De realidades?

INÉS ¿Y tú le haces caso? ¿No ves que trata de sobresaltarnos sin motivo? Por lo visto el rencor le hace soñar despierto.

MAN. Es posible. Pero, créeme Inés, en este caso mi sueño pudiera resultar profético.

CONDE Cada vez te entiendo menos.

MAN. Pues es muy sencillo. Digo que tal vez el simpático, el excelente, el honrado ingeniero don Isidoro Roser no se decida á visitar esta casa. Ni más ni menos. (Mirando á los dos para observar el efecto que en ambos producen estas palabras.)

INÉS (Con sobresalto.) ¿El? (Reponiéndose.) ¡Bah! ¡Deliras!

CONDE ¿Por qué razón? (Levantándose y demostrando también cierto sobresalto.)

MAN. La razón no estoy autorizado para revelarla todavía.

CONDE Pero, ¿por qué no ha de volver á visitarnos? Reconozco, querido Manuel, que tienes sobrado motivo para no mirar con buenos ojos al matrimonio de tu prima; pero eso no te autoriza para hacer suposiciones absurdas.

INÉS ¡Si no es posible! Que Isidoro puede alejarse de mi lado... que puede abandonarme... ¡Me da risa!... Pediste inspiración al despecho; te dictó una tontería.

MAN. Figúrate que circunstancias extraordinarias obliguen á Isidoro, contra su voluntad, á dejarte para siempre, á renunciar á su amor.

CONDE ¿Renunciar él? ¿Desairar á mi hija? (Con indignacion.)

INÉS ¿Y tú le contestas en serio? ¡Bah! Quiso darnos una broma pesada.

MAN. (Levantándose.) No hablo en broma, sino en serio, muy en serio... Por lo mismo te aconsejo que no te encariñes demasiado con la idea de tu futura felicidad.

INÉS Esa idea es mi vida entera. No hay obstáculos que separen mi amor del de Isidoro.

CRIA. (Desde la puerta.) Don Isidoro Roser.

MAN. ¡Ah! (Con gran sorpresa.)

INÉS ¿No te decia yo? Si era imposible. (A Manolito.) Y ahora, señor profeta, ¿se convence de que acierta más el corazón de una mujer amada que la imaginación de un pretendiente desairado? Ahí está... él... *mi* Isidoro.

MAN. En efecto, me he equivocado de medio á á medio. *Tu* Isidoro llegó, pero aun no ha llegado á ser *tu* Isidoro. (Tratando de ocultar la contrariedad que le ha producido la presencia de Isidoro.)

ESCENA VII

LOS MISMOS. ISIDORO

ISID. (Desde la puerta.) Señor Conde... Inés...

CONDE Adelante, amigo mío.

INÉS (A su primo.) Mírale, ahí está.

ISID. (Observando que Manolito y su prima le miran con cierta sorpresa.) Observo que me miran ustedes con sorpresa. ¿Qué ocurre? ¿Causa asombro mi presencia?

INÉS No, ya no. Es que disputábamos papá y yo con mi primo. Pero pasó el motivo...

MAN. Cierto... Pasó.

ISID. ¿Y era yo el origen de la disputa?

CONDE Sí... precisamente.

ISID. ¿Se puede saber la causa?

INÉS Ya no hay para qué decirla.

MAN. (Con mucha frialdad.) ¿Para qué ocultarla? Sepa usted, señor Roser, que hace pocos intantes sostenía yo enfrente del parecer de mi prima que quizá una circunstancia extraordinaria podría obligar á usted, contra su deseo, por supuesto, á alejarse de esta casa durante una temporada; acaso para siempre.

ISID. ¿Eh? ¡Jesús y qué suposición tan absurda!

INÉS ¡Eso decía yo!

MAN. Será absurda, no lo niego; pero, ¿qué quiere usted? son cosas mías. Es más, se me antojó presumir que su padre podría ordenar di-

rectamente tal determinación. (Con mucha intención.)

ISID. (Con cierto sobresalto.) ¿Mi padre? ¿Por qué?

MAN. Por nada. Confieso que mis pronósticos eran muy extravagantes... Cometí un yerro; le declaro y punto concluido.

ISID. ¡Qué suposiciones tan poco piadosas tiene usted, señor Gandarias! Esta casa encierra mi dicha futura. Apartarme de ella sería huir de mi felicidad y yo... la busco.

CONDE Ea, no se hable más del asunto.

INÉS (A Isidoro.) He prometido á Dolores ir á buscarla para dar un paseo por el jardín y deseo que nos sirva usted de acompañante.

ISID. Cuando usted guste.

INÉS Pues vamos.

ISID. Señores .. (Inclinándose.)

CONDE Hasta luego.

INÈS ¿En qué piensa usted?

ISID. En el odio que inspiro á ese hombre.

INÉS. Ahora no debemos pensar en las tristezas ajenas. (Vanse.) ¡Nos aguarda la ventura propia!

ESCENA VIII

El CONDE y MANOLITO. Este, después que dice las últimas palabras de la escena anterior, vuelve á sentarse tranquilamente, aunque se ve que está muy contrariado

CONDE (Viéndolos alejarse.) Le quiere sí, le quiere de veras. (Volviéndose á Manolito.) Vamos, hombre, desecha la hipocondría. Sé generoso, ¡qué diantre!

MAN. (Sonriéndose.) ¿También usted presume que me entristece la felicidad ajena? ¡Si usted supiera!...

CÓNDE ¿Vuelves de nuevo á tus enigmas, á esos dramas sombríos que hace un rato nos anunciabas y que se han convertido en idilios?

MAN. Vuelvo á la realidad.

CONDE ¡Otra vez! Confiesa que te contraría ver á tu prima enamorada de otro hombre.

MAN. Sí que lo confieso.

CONDE Confiesa, además, que esa boda en proyecto te produce profundas amarguras.

MAN. Tampoco tengo inconveniente en declararlo. ¡Vaya! Pues si es mi tema. Es más, creo que usted tomaría parte en mis amarguras, si conociese el motivo en que se fundan.

CONDE ¿Otra vez los secretos?

MAN. ¿Tiene usted interés de conocerlos?

CONDE ¡Y tanto!... ¡Porque deben de ser cosa grave! (Riendo.) Cuenta, chico, cuenta.

MAN. No... ¿Para qué? Pudiera creerse que me guían la envidia y el odio... Usted mismo duda. No ve en mí más que al pretendiente desdeñado de Inés, cuando en realidad, ahora sólo soy un Iniesta, temeroso de que llegue á empañarse el brillo de su linaje.

CONDE (Con severidad.) ¿Vas á darme lección de decoro?

MAN. Quizá.

CONDE ¿Cómo?... (Levantándose ofendido, pero reponiéndose.) ¡Bah! En vez de agraviarme, me diviertes. No hay cosa más entretenida que un celoso sombrío. ¡Vas á anunciarme toda clase de catástrofes, porque mi hija ha elegido un esposo plebeyo!

MAN. No hay nada de eso. Mis escrúpulos tienen otro origen.

CONDE ¡Hablarás, por fin! ¿Qué secretos son esos que conoces y que no acabas de decir? ¿Por qué tantas reticencias, tantas medias palabras, tantos misterios? Dí de una vez lo que sea, pero dilo pronto, sin nuevos preámbulos; y si, como supongo, no es más que el rencor el que te estimula, da rienda suelta al rencor, para que cesen por fin tus pesimismos, que ya me tienen intranquilo, nervioso.

MAN. (Levantándose.) Pues bien; hablaré, aunque mis palabras tengan el triste privilegio de destruir muchas ilusiones. El noble Conde de Corbellón se resignaba á tolerar el matrimonio de su hija con un ingeniero de origen humilde. Esto, por más que constituya

un verdadero sacrificio, no tiene nada de particular, porque se ven todos los días matrimonios desiguales; pero como la gente es maliciosa, pudiera averiguar, andando el tiempo, que el excelente don Isidoro Roser, educado en América, es hijo de Ignacio Roser, licenciado de presidio.

CONDE (Con el asombro propio de la situación.) ¿Eh?... ¿Cómo?... ¿Qué dices?

MAN. La verdad. (Friamente.) Ya sé que en buena lógica las culpas de los padres no deben recaer sobre los hijos; pero me parece demasiado fuerte que un caballero tan celoso de su honra, como el Conde de Corbellón, llegue hasta el extremo de aceptar sin protesta el parentesco con un individuo que ha arrastrado durante muchos años la cadena del presidiario.

CONDE ¿Pero eso es cierto?

MAN. Ciertísimo... (Pausa.) Ya ve usted que no era la mezquina pasión de la envidia la que me impulsaba á hacer ciertas revelaciones. Declaro que he amado, que amo con idolatría á mi prima. Con mi amor no le brindaba una gran fortuna, pero le ofrecía, en cambio, una familia digna. Mis padres se codean con los grandes de España. El padre de mi afortunado rival se ha codeado con criminales de la peor especie.

CONDE ¡Basta! ¡Las pruebas!

MAN. ¿Quiere usted pruebas?

CONDE (Fuera de sí.) Las quiero... Pronto, vengan las pruebas de lo que afirmas... O creeré que te ha impulsado el despecho hasta el extremo de forjar una miserable impostura.

MAN. Tengo en mi poder una prueba irrecusable.

CONDE ¡Acabarás!

MAN. Pero no hay necesidad de que yo la presente. Pregunte usted al propio interesado si es verdad cuanto acabo de decirle.

CONDE Ahora mismo. (Tocando un timbre.)

CRIA. Señor.

CONDE Avise usted á don Ignacio Roser que deseo hablarle en seguida.

CRIA. Precisamente acaba de llegar. Está en el jardín

CONDE Dígale que suba. (Vase el criado.)

MAN. Mi conciencia está tranquila. He cumplido con mis deberes de caballero y con mis obligaciones de pariente. Hasta luego. (Haciendo ademán de retirarse.)

CONDE No. Aguarda. Voy ha probarte cómo procedo yo en cuestiones de honra... en el caso de que sean ciertas tus afirmaciones.

MAN. ¿Aún duda usted?

CONDE No lo sé.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y DON IGNACIO

IGN. Señor Conde... Señor Gandarias... El criado me dijo que usted, señor Conde, deseaba verme.

CONDE Sí, señor. (Con naturalidad.)

IGN. Pues aquí estoy.

CONDE Señor Roser, ahorremos palabras y preámbulos enojosos. Deseo que usted rechace una inculpación que le dirige mi sobrino, una acusación que se refiere á usted, pero que me importa también á mí.

IGN. (Aparte.) Cumplió su amenaza.

CONDE Gandarias asegura algo que no es cierto, que no puede ser cierto.

IGN. Ese hombre ha dicho...

CONDE Cosas muy graves.

IGN. ¡Miserable! ¿Habló usted al fin? ¿Cumplió su amenaza?

CONDE ¡Ah!

MAN. Yo he dicho...

IGN. No, no hace falta que nadie lo diga... Lo diré yo, aunque el pronunciar ciertas palabras me produzcan vergüenza y pesar... ¡Pero vergüenza y pesadumbre por él, por mi hijo!... ¡Por él lo he ocultado, por él lo oculto!... ¡Sí, soy un licenciado de presidio!

(Bajando la cabeza y pronunciando las últimas palabras con gran dolor.)

MAN. ¡Al fin!

CONDE ¡Qué vergüenza! (Cae sobre un sofá dando muestras de gran abatimiento.)

IGN. ¡Maté á un hombre!

CONDE ¡Un asesinato!

IGN. No, no fué asesinato. Un homicidio. Un castigo impuesto por mi honra á un miserable. Pero maté cara á cara, frente á frente, como hubiera usted matado, señor Conde, como mataría ese (Señalando a Gandarias.) si se atreviera.

MAN. ¡Insolente! ¡Me he batido muchas veces!

IGN. ¡Yo una sola!

MAN. Batirse... Llama duelo á una muerte producida brutalmente, sin testigos, sin armas, sin formalidades. ¡Así no matan los caballeros!

IGN. ¿Armas? ¿Testigos? ¿Con eso se puede seguir siendo caballero y burlar las leyes después de haber muerto á un semejante? ¡Pues yo no tuve más testigos que mi ultraje, ni más armas que las de mis brazos, y después, cuando afligido por la condena pedia á Dios perdón por mi culpa, pensaba que no debí matar... Ahora dice usted que si hubiera tendido á un hombre á mis piés de un tiro disparado delante de cuatro padrinos, yo sería caballero, y ustedes me considerarían como tal... No, no... Las injusticias humanas no aplacan las justicias divinas. Dios manda no matar. . ¡¡El que mata es reo ante Dios y ante los hombres!!

CONDE Usted es el delincuente.

IGN. No, el desgraciado. La fatalidad me empujó al crimen. Fuí mejor que los diestros que hieren en desafío, porque esos, al adiestrarse, piensan en sus enemigos, y yo, sin pensar en la culpa, usé mis fuerzas, las que me dió la Naturaleza, poderosas, muy poderosas, como si estuvieran destinadas á vengar una gran infamia.

MAN. ¡Alardes de jayán!

IGN. Indignación de hombre honrado!

CONDE ¡Basta! ¡Las gentes que han sufrido ciertas afrentas, por desgracia ó por maldad, no deben comprometer el decoro de las personas honradas.

IGN. (Suplicante.) Mi hijo nada sabe. Guardar este deshonor, ha sido todo el trabajo de mi vida.

CONDE Que lo sepa ó no su hijo de usted es cosa que no me importa. Lo importante es que lo sé yo, y que no puedo consentir que nuestras relaciones se prolonguen ni un día, ni una hora, ni un momento más.

IGN. Piense usted, señor Conde, en que mi Isidoro es inocente, que idolatra á Inés, y que no es justo que sobre él recaigan afrentas lavadas ya por los rigores de la ley y por las lágrimas del arrepentimiento.

CONDE Es inútil. ¡Basta!

IGN. Sea usted clemente. Si mi delito no está bastante expiado, me impondré nuevos sacrificios. Me alejaré de estos sitios para siempre; huiré de España, si usted lo desea, y nadie volverá á oir hablar en lo sucesivo de Ignacio Roser. ¿Qué más se me puede exigir? Mi muerte, bueno .. pero la muerte de la felicidad de mi hijo... ¡nunca!

MAN. (Con ironía.) Tiene razón; puede alejarse.

CONDE ¡Inés de Iniesta no será jamás la esposa de Isidoro Roser, jamás! Usted mismo hará desistir á su hijo de sus propósitos.

IGN. ¿Que yo mismo?... ¡Imposible, señor Conde!

CONDE ¿Imposible? Yo probaré si puedo hacer que mi voluntad se cumpla.

IGN. ¡Por mi hijo, inocente de toda culpa! ¡Por él, señor Conde, por él!

MAN. Insista usted... El Conde acabará por conmoverse.

IGN. (Volviéndose.) ¡Miserable!

CONDE Cesa en tus reticencias. Todas las riquezas del mundo, no valen lo que mi honra.

IGN. ¡Señor Conde!...

CONDE ¡Basta! ¡Salga usted de mi casa! (En este momento aparecen Inés é Isidoro, los cuales oyen las últimas palabras.)

ESCENA IX

LOS MISMOS, INÉS é ISIDORO

INÉS ¿Qué sucede? (Con el sobresalto propio de la situación.)

CONDE Pues sucede que me opongo (Se acerca á su hija y la separa de Isidoro.) á tu matrimonio, y arrojo á la calle á ese hombre.

ISID. ¿Eh? (Estupefacto.)

IGN. ¡Hijo de mi alma!

ISID. ¿Pero no has oído? Hablan de que renuncie á mi amor; hablan de arrojarte á tí, á mi padre.

CONDE Eso he dicho.

INÉS ¡Padre!

ISID. ¿Por qué?

IGN. Vámonos... ¡Hijo mío!... ¡Por Dios!...

ISID. ¿Irnos? Ni de grado ni por fuerza. ¿Arrojar á mi padre á la calle como si fuera un malhechor? No; yo he oído mal, señor Conde. ¡Es mi padre! ¡Se trata de mi padre!

CONDE Me repugnan los escandalos. Cuando he adoptado tal resolución, debo tener razones muy poderosas. Las tengo. Ni una palabra más.

INÉS ¡Padre! (Acercándose al Conde, el cual la recibe en sus brazos.)

CONDE ¡Hija de mi alma!

ISID. (Conteniéndose.) En efecto; para que una persona tan respetable como usted se haya permitido emplear cierto lenguaje, es preciso que existan motivos muy poderosos. ¿Qué motivos son esos?

CONDE ¿Quiere usted saberlos?

ISID. Eso quiero.

IGN. Vamos, hijo mío. (En tono de súplica.)

ISID. Deliras, padre, deliras. Se nos ha ofendido en público. Se te arroja, se te desprecia. Eso yo no lo tolero ni de aun quien viene ¡No, padre mío, no!

MAN. ¿Pide usted explicaciones? ¡Las tendrá! (Encarándose con Isidoro.)

ISID. ¡Ah! ¿Es usted el encargado de dármelas? Lo celebro señor de Iniesta, lo celebro, porque con usted puedo olvidar todos los respetos que he guardado hasta ahora. Hablaba el padre de Inés, y le pedía á mi espíritu quietud. Pero habla usted, y ya no necesito la calma apetecida. Ya no me hacen falta ni miramientos ni templanzas. (Con gran violencia y en actitud amenazadora.)

MAN. ¡Caballero!

INÉS (Suplicante.) ¡Isidoro!

ESCENA X

LOS MISMOS, DOLORES, GASPAR, ANDRÉS y PEPE

GAS. ¿Qué es esto?

DOL. (Dirigiéndose á Inés.) ¿Qué pasa?

MAN. Pues pasa una cosa muy sencilla. Que mi tío, en uso de su derecho, niega á su hija Inés el consentimiento para continuar sus relaciones con don Isidoro Roser.

ISID. Pero eso... ¿es verdad?

MAN. Lo digo yo.

ISID. Lo dice también el Conde de Corbellón. (Despues de volver la espalda á Gandarias con gran desdén.)

CONDE Delo usted por dicho.

ISID. Usted me otorgó su palabra.

CONDE He cambiado de parecer.

ISID. ¿Por qué motivos?

MAN. Su padre de usted los conoce. Le hacemos la gracia de no proclamarlos en voz alta.

ISID. No solicito gracias de nadie, y menos de usted.

IGN. Basta, hijo mío, basta.

ISID. No basta, padre, no basta. Las razones que se ocultan en público pueden ser consideradas como vergonzosas, y yo no temo esas razones. Nuestro linaje no es tan exclarecido ni tan ilustre como el del señor Conde de Corbellón; pero de seguro que es tan honrado.

GAS. (Aproximándose á Isidoro.) ¡Qué discusión tan enojosa! Delante de testigos.

MAN. Yo no la he provocado.

ISID. Y yo no la temo. Al cruzar por primera vez estos umbrales ofrecí una amistad desinteresada y un nombre honrado. ¿No es verdad, señor Conde? ¿No es verdad, señor Iniesta? Callan ustedes... ¿Es que dudan ustedes de mi desinterés?

CONDE De eso no dudamos.

ISID. Entonces, ¿dudan ustedes de la limpieza de mi origen?

IGN. ¡Isidoro!

ISID. Ese silencio es para mí un insulto que no estoy dispuesto á tolerar. (Con voz amenazadora.)

MAN. El nombre de usted está infamado.

ISID. ¿Por quién?

MAN. Por su padre.

ISID. ¿Por tí? No, no... ¡Miente usted! (Al ir á arrojarse sobre Gandarias, se interponen todos.)

IGN. (¡Hijo mío!)

MAN. ¡El desquite! (Se interponen entre ambos Andrés, Pepe y Gaspar.)

ISID. ¡Cuando usted guste! ¡Para la villanía, castigo!

CONDE En mi casa... Fuera.

IGN. ¡Hijo mío!

ISID. Alza la frente, padre. No te importe la injuria, yo sabré castigarla... Alza la frente.

IGN. No tengo ese derecho (Inclinando la cabeza con abatimiento.)

ISID. ¿Qué dices?

IGN. Soy culpable.

ISID. ¿Tú? ¡Ah! No importa. Alza la frente.. (Abraza á su padre y le obliga á levantar la frente.) Nadie podrá humillarte en mi presencia... Inocente ó culpable, eres mi padre... Cualquiera que sea tu falta, yo la perdono. Y el que te acuse, ¡miente! ¡Miente! ¡Miente! (Vanse los dos. Inés se acerca á su padre. Los demás personajes ven alejarse á Ignacio y á Isidoro. Inés solloza en brazos de Dolores.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de Isidoro. Puerta al foro. A la izquierda otra que se supone comunica con la huerta Un balcón que comunica también con la huerta. A la derecha dos puertas que conducen á las habitaciones laterales. Mesa de despacho con enseres de escribir. Muebles sencillos, pero elegantes. Cortinajes en los huecos, etcétera, etc.

ESCENA PRIMERA

ISIDORO, dejando de escribir y después de haber cerrado un pliego; después entra el CRIADO

ISID. ¡Concluí! Triste labor la mía, á la cual me empujan presentimientos desconsoladores que atormentan mi espíritu con invencible tenacidad. Si yo muero quedará asegurada la existencia de mi padre, de mi pobre padre, á quien debo cariño, respeto, sumisión; á quien debo la vida. Hijo suyo, cuanto me pertenece á sus manos debe ir. Mis bienes de la tierra y mis tesoros del alma... Todo... Todo... (Pausa.) ¡Me creía feliz ayer, la víspera del día más amargo de mi vida! «Serás dichoso, muy dichoso», decían aquellas voces que tantas veces he escuchado como en sueños, y en vez de la felicidad soñada siento una angustia infinita que me ahoga, que desde el pecho me sube al rostro y por los ojos se me quiere escapar en lágrimas. (Sollozando, pero reponiéndose en el acto.)

Pero, no. ¿Qué hago? Si alguien me viese supondría que me amedrenta la idea del peligro que voy á afrontar... No me importa morir... Si murió mi ventura ¿cómo ha de hostigarme el deseo de quedar en el mundo sin ella? El deber se me impone. Cumpliré con mi deber.

CRIA. ¿Señorito?

ISID. ¿Qué hay?

CRIA. Dos caballeros desean verle.

ISID. Que pasen...

CRIA. Está bien. (Vase.)

ESCENA II

ISIDORO, GASPAR y ANDRÉS

ISID. Son ellos, sin duda. Me alegro. Tengo grandes deseos de terminar este asunto. (Adelantándose hacia la puerta.) ¡Señores!

GAS. Le sorprenderá á usted que tan rápidamente hayamos cumplido el honroso encargo que usted nos ha confiado.

ISID. Sorprenderme, ¿por qué? Me parece muy natural. Además, me complace. Tengo ansia por resolver la cuestión pendiente. (Se sientan los tres.)

GAS. Por desgracia no se ha terminado el asunto de una manera satisfactoria.

ISID. Lo esperaba.

AND. La paz se ajusta difícilmente. Las luchas se conciertan pronto.

ISID. Si ya lo sé. De todos modos agradezco á ustedes en extremo el honor que me han dispensado al aceptar mis poderes, á pesar de sus relaciones amistosas con mi adversario, pero en este pueblo no era fácil encontrar testigos.

GAS. Cumplimos un deber, y en ello tenemos mucha honra.

ISID. Con ustedes puedo y debo ser ingenuo. Anhelo vivamente zanjar esta cuestión desdichadísima. Desde ayer estoy nervioso, im-

paciente, y quiero llegar al término de esta aventura, en la cual me ha metido la adversidad.

GAS. Comprendo su agitación. Ya usted ve, yo que por costumbre, y hasta por hábito higiénico, amo el reposo, y no suelo mezclarme en asuntos ajenos, hoy me muevo activo y solícito para preparar un duelo. Soy enemigo de los desafíos y voy á ser padrino en uno. ¡Poder de las exigencias sociales que así borran hábitos y convicciones!

ISID. Gracias, amigo mío, gracias. ¿Y en qué condiciones se verificará el encuentro?

AND. Hemos aceptado todas las impuestas por los testigos de Gandarias. Ya sabe usted que él tenía la elección de armas.

ISID. Han hecho ustedes bien. Para mí todas las armas son iguales. No sé manejar ninguna. Ocupado desde mi niñez en estudiar y en trabajar sin descanso, no he podido adiestrarme en el uso de espadas y de pistolas. Nunca pensé tampoco en que para ser hombre de sociedad era necesario saber, en llegando la ocasión, cómo se mata á un adversario en toda regla Hoy reconozco que en este asunto, como en otros varios, he vivido engañado, pero ya es tarde para enmendar mi yerro.

GAS. El duelo se efectuará esta tarde á las tres.

ISID. Está bien.

GAS. El arma elegida es la pistola. A quince pasos avanzando á discreción hasta que uno de los contendientes quede fuera de combate.

ISID. ¿Y el sitio?

GAS. En la huerta de esta quinta.

ISID. ¿Cómo?

GAS. No tenemos lugar más seguro ni mejor para el caso.

ISID. ¿En mi propia casa? ¡Imposible!

GAS. No será correcto, pero es preciso. Por el pueblo, á causa quizá de alguna indiscreción cometida por los criados, circula la noticia del duelo. Y como el secreto no existe ya, es indispensable utilizar un recinto ce-

rrado para huir de la curiosidad de estas gentes, á quienes es necesario despistar á todo trance... Acaso también para burlar las ingerencias de autoridades oficiosas. Oficiosas, sí señor. Pudiera el juez tener la pretensión de que nosotros, que somos caballeros, obedeciésemos lo que ordena el Código.

ISID. Estoy sinceramente reconocido por el interés que me demuestran.

GAS. ¿Tiene usted algún encargo especial que hacernos?

ISID. Ninguno. Cuando ustedes llegaron me ocupaba yo en arreglar todos mis asuntos. (Gaspar y Andrés se levantan.)

GAS. Pues entonces nos retiramos. En circunstancias como las presentes se imponen la diligencia y la discreción. Yo soy perezoso hasta para hacer el bien. Por no molestarme dejé de practicar algunas virtudes, y sin embargo, para arreglar la manera de que dos hombres se maten, hace ya varias horas que no descanso. Decididamente la buena sociedad está llena de contrasentidos.

ISID. (Sonriéndose.) Tal creo, amigo mío.

AND. Hasta luego.

GAS. Sí; vamos.

ISID. Un momento. Quisiera saber... perdonen ustedes si cometo una indiscreción, quisiera saber si Inés tiene noticias de lo que ocurre.

GAS. ¡Pobre niña! Nada sabe de una manera positiva, pero presiente que su desgracia es irremediable. Por lo pronto, á consecuencia del duelo, aún no realizado, ha habido ya un cadáver: el de la felicidad de esa criatura, que ha visto desvanecidas todas sus ilusiones... Usted, es el novio adorado, el Conde el más cariñoso de los padres y nosotros amigos lealísimos; pues bien, nosotros, el Conde y usted nos consagramos con ardor á labrar su desgracia.

ISID. Porque ella fuese dichosa sería yo capaz de todos los sacrificios.

GAS. Pero la rutina social lo impide... El honor, es decir, esa falsa idea del honor que han

establecido los hombres, nos empuja á todos por caminos de perdición. Bueno fuera que por la tranquilidad de una niña inocente dejaran de andar á tiros dos caballeros. ¡Ah, imposible!

ISID. La fatalidad lo exige.

GAS. ¡Paso á la fatalidad!

AND. No hablemos más del asunto. Hasta luego, señor Roser.

ISID. Adiós, amigos míos.

ESCENA III

ISIDORO, después IGNACIO

ISID. Aun falta una eternidad. ¡Los días tristes duran tanto! No puedo acostumbrarme á la rápida transformación que ha sufrido mi vida... Y no me amedrenta morir... Cuando el destino dicta pena capital es más benigno que cuando sentencia á desventura perpetua. Pero me espanta ver cómo mueren mis esperanzas, cómo se desvanecen mis alegrías, cómo se disipan mis sueños Y yo soy ajeno á todo lo que me sucede: nada he hecho para perder mi felicidad. ¡Me la roban traidoramente las preocupaciones sociales, las leyes inicuas de los hombres, los odios estúpidos de clase que como salteadores cobardes de venturas me esperaban agazapados para arrancarme mis ilusiones. (Pausa.) Perderla á ella, á mi Inés, ¡qué dolor más espantoso! Nos separan para siempre el orgullo de tu padre y las faltas del mío. ¡Las faltas de mi padre! ¿Pero existen? No... no... él no tiene la culpa de mi infortunio, no la tiene. Le insúltan, le escarnecen, pues yo le defiendo contra todo y contra todos. Mi amor es grande, infinito, pero mis deberes de hijo son primero. En esta lucha la sacrifico á ella, á mi Inés, inocente de toda culpa. ¡Oh, Dios mío, Dios mío qué desgraciado soy! (Se apoya en la mesa ocultando la cara entre sus manos. En este momento entra Ignacio.)

ESCENA IV

ISIDORO É IGNACIO

IGN. (Acercándose á Isidoro.) ¡Pobre hijo mío!

ISID. ¡Padre! (Procurando serenarse.)

IGN. ¡Cuántos pesares te proporciono!

ISID. ¡Qué idea!

IGN. Sí: yo soy el autor de tus desdichas.

ISID. Te equivocas, padre. Nadie es culpable de las contrariedades que sufro y tal vez lo sea todo el mundo. La vida es una batalla y en las batallas se cuentan por centenares las víctimas, pero nunca se sabe con certeza quienes las produjeron.

IGN. En este caso lo sé yo y de tal modo me preocupa tu pesar, que si con mi propia existencia pudiese convertir tus desdichas en felicidades, seríamos ahora tú el más venturoso de los hombres y yo el más afortunado de los padres.

ISID. No insistas, no insistas en ese empeño de aparecer ante mis ojos como el verdadero causante de mis desventuras... Nada quise saber de tu vida pasada ayer, nada quiero saber hoy tampoco.

IGN. ¡Vaya si insistiré! Allá en el fondo de tu alma deben de existir horribles dudas.

ISID. No. ¿Dudar de tí? ¡No dudo!

IGN. Sí. A pesar tuyo te habrás preguntado muchas veces, quizás te preguntes ahora mismo, ¿por qué esa familia rechaza á mi padre con horror?

ISID. Nada te pregunto. Recojo las afrentas que se te dirigen para vengarlas.

IGN. ¿Y si fuesen verdades?

ISID. Las consideraría como insultos.

IGN. ¡Hijo!... (Le besa las manos con efusión paternal.) Hasta hoy nada quise decirte, porque tenía el propósito firmísimo de evitarte un gran pesar; pero ahora es inútil mi silencio... La verdad, por amarga que sea, es menos ator-

mentadora que la duda... El Conde de Corbellón te rechaza porque eres hijo de un hombre condenado por las leyes. Eso que dice de mí el Conde, eso que afirma su sobrino es cierto, muy cierto. En lo que mienten es en considerarme como un sér indigno. (Con exaltación.) En eso, te repito que mienten.

ISID. (Con abatimiento.) ¿Tú?... ¿Tú?...

IGN. Yo... sí... Vas á conocer la parte secreta de mi vida. La que siempre te ocultamos, por dolorosa.

ISID. ¿Para qué? No debes darme cuenta de tus actos. ¿Quién soy yo para pedírtelas? Cumplo con mis deberes de hijo al defenderte; no necesito conocer las razones que para ofenderte tienen los demás.

IGN. Oirás lo que tengo que decirte. Ya no quiero más sombras en mi vida. No quiero tampoco el respeto ignorante, quiero cariños convencidos, firmes; de esos que no necesitan ampararse tras el misterio.

ISID. Habla.

IGN. Hace veinte años que maté á un hombre en medio de la calle. El tribunal me condenó á presidio. Tu madre y tú, que entonces contabas muy pocos años de edad, fuísteis á América, bajo el amparo y la protección de mi hermano. Todos juramos ocultarte siempre esta mancha de mi vida... Pero, ¿he dicho mancha? No; mi delito, si es que lo fué, tiene su disculpa, su justificación... ¿Lo crees así, hijo mío?... ¿Verdad que lo crees? (Con gran ansiedad.)

ISID. Sí, sí...

IGN. Tu madre y yo vivíamos en un pueblecillo, cuidando de nuestra escasa hacienda. Tú eras entonces la alegría de nuestro hogar, y tu madre la más cariñosa, la mejor de las mujeres... Un hombre, digo mal, un infame, puso los ojos en ella, y por despecho de no haber podido realizar sus propósitos, el miserable la difamó villanamente. El día en que lo supe sentí que la ira ofuscaba mi razón. Aquella impostura hería mi honra y mi

amor en sus fibras más delicadas! ¡Aquella calumnia exigía un castigo implacable!

ISID. (Que empezó á escuchar el relato de su padre como anonadado, se va animando poco á poco y escucha con gran interés.) Sí... padre... sí... ¡Eso merecía!... ¡Un castigo implacable, sangriento!

IGN. Salí á la calle ciego de rabia... A los pocos pasos tropecé con el calumniador. . No hubo ni reproches, ni insultos. Le pregunté una sola cosa, la única que me interesaba. Tuvo la audacia de contestarme cínicamente, y sin escuchar más, me arrojé á su cuello, loco de furor, y mis manos crispadas no dejaron de oprimir hasta que cesó de respirar el cuerpo de aquel miserable! Cuando el frío de la muerte heló su sangre para siempre, experimenté una alegría infinita. ¡La misma que siento ahora al referirte la muerte de aquel malvado! (Todo este parlamento lo dirá el actor con gran vehemencia.)

ISID. ¡Oh, sí... también yo siento ese goce!... ¡Injuriar á mi madre!... ¡La muerte me parece insignificante!... ¡Cien vidas que hubiera tenido aquel malvado, me parecerían pocas!...

IGN. Las cien le hubiese arrancado. (Pausa.) No huí, no intenté justificarme tampoco... Fuí preso, me juzgaron, me condenaron... Sufrí mi sentencia con resignación... El conde de Corbellón no me calumnia... Ya lo sabes todo.

ISID. (Abrazando á su padre con efusión.) ¡Padre, padre de mi alma! Perdóname si en algunos momentos he vacilado, si llegué á dudar de tí. Es cierto que diste muerte á un hombre. Pero ese hombre era el calumniador de tu honra. ¡Y por eso te arroja de su casa el conde de Corbellón, tan celoso de su honor y del brillo de sus antepasados, los cuales iban á un duelo por motivos fútiles, y mataban ó morían por vanidad!... ¡No importa! Tu hijo no puede rechazarte por eso... Tu hijo te quiere y te admira ahora más que nunca... ¿Que estuviste en presidio por tener dignidad? ¡Muchos no van por no tenerla! (Se abrazan los dos. Pausa.)

IGN. ¡Oh, gracias, gracias! Tus palabras me indemnizan con creces de todos mis sufrimientos. Pero hago imposible tu felicidad, y siendo inocente te condeno á sufrir el mayor castigo.

ISID. No; al contrario. Escucha y perdona mi confesión. Hace pocos momentos sentía dudas y recelos dentro de mí... «¿Habrá sido malo mi padre?» me preguntaba. Y esta sola sospecha llenaba mi alma de temores y de incertidumbres. Pero ahora ya estoy tranquilo, más que tranquilo, gozoso. Tu pasado ya no me infunde miedo, sino respeto. Digan lo que quieran tus acusadores, yo estoy orgulloso de tí. ¿Te condenaron los jueces que consienten el duelo? ¿Te despreciaron los hombres que admiran al espadachín afortunado? Pues tu hijo ve en esa condena y en ese desprecio nuevos motivos para su cariño... Sí, padre mío, antes te quería por tus bondades, ahora te quiero por tu martirio.

IGN. ¡Isidoro!

ISID. ¿Estás ya completamente seguro de mi cariño?

IGN. Lo estoy, y para que mi felicidad sea hoy completa te pido una cosa.

ISID. ¿Cuál?

IGN. Deseo que rehuyas todo encuentro con Gandarias.

ISID. ¿Qué dices?

IGN. Tú no sabes, hijo mío, como yo, lo terrible que es dar muerte á un hombre. Las angustias, los tormentos infinitos que producen en el alma los recuerdos del crimen. Porque es crimen matar aunque sea con razón. No, Isidoro, no quiero que pese sobre tu conciencia una idea tan espantosa.

ISID. ¡Padre!

IGN. Ni matar, ni morir... ¡Qué sería de mí entonces! ¡Qué castigo tan atroz para mis culpas! ¡Si á los padres se les hubiera impuesto como pena á sus pecados la muerte de sus hijos, la tierra sería ya mansión de justos!

ISID. No temas, nada sucede.

IGN. Se habla de un desafio concertado.

ISID Patrañas.

IGN. Pues entonces vámonos lejos de aquí una temporada. Después de lo que ha ocurrido, nuestra ausencia podrá evitar nuevos disgustos.

ISID. Nos iremos mañana si tú quieres.

IGN. Mañana, no, hoy mismo. Yo no quiero que sigas expuesto un momento más á un lance.

ISID. Eso no puede ser. Tal precipitación tendría el carácter de una fuga, y yo no puedo huir. Ya te he dicho que nada sucede, pero si sucediese algo, lo afrontaría con dignidad, con entereza. Considera, padre, que te han insultado, considera que debía arrancar la lengua á quien la usó para injuriarte, considera que ni tú puedes quedar expuesto á los ultrajes de un miserable ni yo puedo perdonar la ofensa humildemente. Tendré calma, pero te tengo amor también. No buscaré ningún riesgo, pero tampoco debo rehuirlo. (Mirando hacia la puerta del foro.)

IGN. Viene gente.

ISID. (Aparte.) ¿Serán ellos?

CRIA. (Entrando.) ¿Señorito?

ISID. ¿Qué hay?

CRIA. Esos dos señores...

ISID. (Interrumpiéndole.) ¡Ah, sí! Que tengan la bondad de aguardar un instante.

CRIA. Está bien.

ISID. Y que no estoy para nadie. (Sale el criado.) Padre. Un momento.

IGN. ¿Ves, hijo mío? Esos son tus padrinos, sin duda. ¡Ah, yo impediré tal desafío!

ISID. No harás eso. Yo te aseguro formalmente que nada hay resuelto. Déjame hablar á solas con esos señores unos minutos no más. Los precisos para dar y recibir explicaciones, para buscar una solución satisfactoria que ponga á salvo mi honor, que es el tuyo.

IGN. ¡De veras, hijo mío! (Mirándole fijamente.) Pero no, tú me engañas... Sí... lo conozco en tu cara. ¡Me engañas, Isidoro!

ISID. Te doy mi palabra de honor de que digo la verdad, pero si dudas de mí, si crees que trato de burlarte oye desde esa habitación lo que voy á hablar con mis amigos. Pero entra, pronto, te lo suplico. Pronto.

IGN. Ahí estoy... escucharé. Si veo que estás en peligro de exponer tu vida...

ISID. Interrumpes nuestra conversación, sí. Pero pronto, pronto, entra.

IGN. Isidoro, ¡hijo mío!

ISID. ¡Padre de mi alma! (Quedan fuertemente abrazados durante algunos instantes. Después Ignacio entra en la habitación contigua.)

ESCENA V

ISIDORO, ANDRÉS y GASPAR. Este último lleva una caja de pistolas

ISID. Me parece que lo pierdo para siempre. (Mirando á la puerta.)

GAS. Señor Roser...

ISID. A sus ordenes. Por Dios... Silencio. Mi padre me acecha. (Llega á la puerta primera izquierda por donde entró Ignacio y echa la llave.) ¡Perdón, padre mío, si te engaño, perdón! (Reponiéndose.) ¡Es la hora ya!

AND. El adversario aguarda.

ISID. Un momento. (En voz baja para que su padre no pueda oirlo.)

AND. Diga usted.

ISID. Si en el encuentro que se va á verificar tuviera la desgracia de llevar la peor parte, les suplico que sirvan de consuelo á mi padre, á mi noble padre, porque es digno, dignísimo; me quiere con toda su alma y mi muerte puede precipitar la suya.

AND. ¡Bah! ¡Quién piensa en eso!

ISID. Bueno es pensar en lo peor. Conque señores...

GAS. Cuando usted guste.

ISID. Vamos. (Sale Isidoro acompañado de Andrés y Gaspar. Antes de salir Isidoro dirige varias miradas ha

cia la habitación donde está su padre. Después procura serenarse, hace señas á sus padrinos, y, por último, dirige una postrera mirada hacia el sitio donde se encuentra su padre y salen por la puerta de la huerta que da á uno de los lados de la habitación. Al salir los personajes se cierra la puerta por fuera. Pausa.)

ESCENA VI

INÉS y CRIADO. Después IGNACIO

CRIA. (Dentro.) ¡Por Dios, señorita; no puede ser!

INÉS (Apareciendo en escena.) Sí puede ser... ¿Dónde está su amo?

CRIA. El señorito no está... Me dió orden de que no entrase nadie.

INÉS Búsquelo usted. Que le espero...

CRIA. Bien, señorita... (Vase.)

INÉS Cometo una imprudencia, pero yo quiero salvarle á todo trance... Es mi vida... mi vida entera, que intenta arrebatarme el infortunio... Pero, ¡Dios mío! ¿será tarde para que puedan realizarse mis propósitos?

IGN. (Dentro.) ¡¡Isidoro!! (En este momento se oye la voz de don Ignacio llamando á Isidoro; al principio con naturalidad, después con inquietud y golpeando la puerta.) ¡Isidoro! ¡¡¡Isidoro!!!

INÉS Esa voz... ¿Será? Don Ignacio... (Abre la puerta.)

IGN. (Al salir.) ¡Isidoro! (Recobrándose y alarmándose al ver á Inés.) ¿Inés, usted aquí?

INÉS Sí; yo misma. Por él, todo por él, don Ignacio; Isidoro, mi Isidoro, nuestro Isidoro, va á exponer su vida. Es preciso salvarle pronto... ¿Dónde está?

IGN. En esta habitación se quedó para recibir la visita de sus padrinos. Me encerró. Intenté oir, y nada escuché. Después se alejaron.

INÉS Van á batirse; el duelo está concertado á muerte.

IGN. ¡Hijo mío!... Pero si Isidoro prometió allanarse á un arreglo satisfactorio.

INÉS Lo dijo para engañarnos, para ganar tiempo.

IGN. Imposible... Morir él... ¡Oh, no... eso... no!...

INÉS (Mirando desde la ventana que da á la huerta.) Allí están... Son ellos... Sí, no hay duda... ¡Don Ignacio, pronto!

IGN. ¡Imposible! (Fuera de sí y lanzándose precipitadamente hacia la puerta, la golpea con fuerza, pero sin poder abrirla.) ¡Isidoro!... ¡Isidoro!... ¡Hijo... hijo mío!... (Sale precipitadamente por la puerta del fondo, y se escuchan sus voces llamando á Isidoro.)

ESCENA VII

INÉS

No puedo más... Me faltan las fuerzas... ¡Cielo santo, sálvale! (En este momento se oyen dos disparos de pistola casi simultáneos y algo lejanos.) ¡Jesús! (Cubriéndose el rostro con las manos.) No me atrevo á mirar... ¡Valor! (Se levanta y se dirige hacia la ventana.) Un hombre en tierra... ¡El!... ¡Oh!... (Esta situación queda encomendada al talento de la actriz. Al decir estas últimas palabras se oye fuera el rumor de una disputa violenta, rumor que se va oyendo cada vez más perceptible y cada vez más próximo.)

ESCENA VIII

INÉS, MANOLITO y á poco IGNACIO

MAN. (Entra en la escena pálido y descompuesto.) Ese hombre... ese hombre está loco... (Tratando de acercarse á su prima.)

IGN. (Entra con aspecto amenazador.) Ya estás en poder mío.

MAN. (Retrocediendo.) ¡Qué intenta usted!

IGN. Castigar tu crimen... ¡Asesino de mi hijo!

INÉS ¡Muerto! ¡Jesús!... ¡Isidoro!... ¡Isidoro! (Sale desolada.)

MAN. Le maté noblemente.

IGN. Pero le mataste. No digas más. ¡Esa es tu sentencia! (Con voz terrible.)

MAN. ¡Lucha plebeya!
IGN. ¡La que corresponde á mi origen!
MAN. ¡A mí!
IGN. Ya huyes... ya tiemblas... ¡Cobarde! (Ignacio se precipita furioso sobre Gandarias, á quien derriba después de una corta lucha. En seguida le echa las manos al cuello hasta estrangularlo.) Así... Ya no respira... ¡Lo mismo que el otro! ¡Qué alegría, qué alegría! ¡Cielo santo! (Incorporándose y lanzando una carcajada de alegría feroz.)

ESCENA ULTIMA

LOS MISMOS: ANDRÉS, GASPAR, PEPE y algunas personas que se agrupan en el fondo sin entrar en la escena. Los tres primeros son los únicos que avanzan.

GAS. ¿Qué sucede? ¡Gandarias!
AND. (Arrodillándose cerca del cadáver.) ¡Muerto!
IGN. He vengado á mi hijo.
GAS. ¡Huya usted!
IGN. ¡Jamás!... ¡Sólo huyen los criminales, y yo he matado con razón!
GAS. Le castigarán las leyes.
IGN. ¡Las que amparan al poderoso y persiguen al humilde!
GAS. Las leyes humanas.
IGN. ¡Yo apelo de ellas ante las leyes divinas! (Telon.)

FIN DEL DRAMA

3 0112 117460870

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.